



PORTADA.

El General Porfirio Diaz como Hombre, como Revolucionario y como Caudillo Vencedor.—Las Víctimas de 25 de Junio de 1879.

Neque ego illi detrahere ausim
Haerentem capiti multa laude coronam.
—Horacio, Lib. I. Sat. X.

El revolucionario del 71, desaparecía tras la batalla de Topo Chico, ante la sombra acusadora de Juárez moribundo. El héroe de Puebla, el ídolo del Ejército de Oriente, el militar severo, honradísimo, que á Méjico entró un día glorioso é inmaculado, corría á ocultar la vergüenza del fracaso en la cuna de sus ilusiones. El triunfador en la guerra contra la Patria, había herido á la Patria, y no era eso todo. A los pueblos no se matan como á los hombres: se siegan como las mieses; pero es preciso permanecer en el campo y levantar la cosecha; ó sobreviene la ruina. El gran patricio, el militar insigne, conversaba con sus amigos íntimos de sus ilusiones desfloradas, sentía todo el peso del remordimiento de la derrota. Fué más humilde que nunca; pero entonces, quizás, acabó de recibir su alma el temple del acero.

Cuatro años más tarde, un nuevo reto á la fortuna de las batallas. Era el hundimiento, ó el triunfo indisputado que sabría hacer completo. Tuxtepec redimiría el Plan de la Noria; ó las virtudes del hombre y las glorias del soldado se empañarían para siempre. Como Garibaldi, muchos otros grandes hombres "no supieron morir á tiempo." Quizás el hombre de Tuxtepec, en sus azarosas jornadas, tras de fracasos como el de Hicamole, sintió la nostalgia de la muerte. Pero llegó un instante crítico en la moderna historia de Méjico. Los cañones de Tecoaac, elevaron la balanza de los destinos. El momento era angustioso, supremo. Allí, el Méjico revolucionario, indomable, soñador atrabiliario, hartado de doctrina; pero reposando sobre fundamento delesnable. Aquí, la atracción de lo desconocido, la falacia del cambio, esperanzas que se antojaban realidades, el progreso que naturalmente asomaba en la evolución. Condenado, siquiera fuese sin reflexión, un modo de ser político que favorecía el caudillaje y el desmembramiento real del país, el brazo de hierro que se alzaba sobre Tecoaac, era una esperanza positiva. Cuando los pueblos se debilitan, surgen los hombres fuertes que los sacuden, tiranizan; pero les obligan á revivir. Reviven, ó por la vergüenza, como la Roma de Tarquino; ó por la savia de la civilización y el bienestar social, sutilmente infiltrados, como la Roma de Augusto. El triunfo de Tecoaac, redimiría el Plan de la Noria. El revolucionario de ayer, el "regenerador de encrucijada, el héroe maltrecho y descamisado de camino real," volvería á encumbrarse como por ensalmo; y escrita la palabra "victoria" en el libro de sus destinos, podría volver el rostro atrás y reír á carcajadas de sus espantados oponentes. Los fuertes de ayer, ¡ hoy fugitivos, proscritos, amedrentados, contentos con vivir en las sombras y el silencio! El triunfo del General Diaz sería completo.

El fracaso del eminente estadista Lic. José M. Iglesias, que con desesperación y angustia proclamaba en los momentos últimos en que se derribaba el antiguo orden de cosas: "sobre la Constitución nada, sobre la Constitución, nadie," aseguraba la paz. Los cadáveres de dos militares

insignes, Donato Guerra á raíz del triunfo, y, años después, García de la Cadena, habían reafirmado la paz. El comercio exangüe, los campos yermos, las industrias agotadas, los ánimos cansados, la mirada hosca del Extranjero, hicieron definitivamente que la paz fuera un hecho. *Et cum desolationem faciunt pacem appellant.*

Para "regenerar" á Méjico,—según la frase consagrada entónces,—el Caudillo de Tuxtepec y de la Noria, se había forjado una cartilla pueril y dogmática, que, leída en los días que corren, viene á ser algo así como el antiguo "Catón" para nuestros pedagogos flamantes. En élla se proclamaba la no-Reelección, la disminución de impuestos, el respeto á la Constitución, (isobre todas las cosas!); y, además, esas mil y una naderías, que el más iletrado de nuestros caudillos de entónces se sabía de memoria, y daba á la estampa, en forma de altisonantes "Proclamas al Pueblo," á la menor coyuntura.—Aún no había escrito en aquellos años Adolfo Coste, su "Economía Política Positiva." En el prólogo de este libro aconseja á los estudiantes, que tras de gastar tiempo y esfuerzos mentales estudiando las reglas de la nueva ciencia, las olviden tan luego como se llegue la ocasión de ponerlas en práctica; y esto, exactamente, fué lo que hizo el Sr. General Diaz, con todo su aprendizaje, enseñanzas, planes jacobinos, *tan luego* como, por voluntad propia, y el consentimiento tácito de la Nación, se encumbró á la Suprema Magistratura.

Pero, prosigamos la observación del hombre, dejando para otro lugar la del estadista.

El noviciado de prosperidad fué fatigoso y árduo. Lo primero que del Caudillo vencedor se supo, y lo que más fuertemente llamó la atención, fué que lloraba. Y nó tan sólo de despecho, como en Hicamole; sino también en las festividades públicas, en las convivialidades amistosas, en las recepciones privadas, y hasta en la algazara de los festines. Quiénes hablaron de esas lágrimas en son de burla, y de ellas burlando; quién las atribuyó á sutilidad de sentimiento, á un refinamiento nervioso, delicado y casi femenino, que mal encuadraba en la armazón hercúlea del soldado, y en el alma del Caudillo de revoluciones intestinas y guerras

extranjerías; éste las tildaba de hipócritas; aquél, leía en ellas todo un programa político, y aquel otro filósofo, vió en esas lagrimas insólitas, el natural tributo físico á una alma donde se urdía continuamente, se mecía y desarrollaba la tragedia, con toda su sangre, todos sus dolores, todos sus remordimientos.

Pero nada de eso es cierto. El General Diaz llora, llora con frecuencia, se conmueve, naturalmente, ante impresiones delicadas, sin afectarse por las enérgicas ó punzantes; por la misma causa que Claudio Nerón se deleitaba con el canto y la poesía griega, y el hermoso Heliogábalo adoraba en sí, las delicadezas femeniles. Y Suetonio dirá, si esos hombres temblaron jamás, una vez abierta una vena, ante los horrores de la sangre, ante las terribles peripecias de la tragedia, los sufrimientos reales y terribles de los otros. En el espíritu humano, caben esas contradicciones aparentes: el alma que se siente amedrentar por el maullido de un gato, permanecería indiferente en el fragor del combate, y la que experimentaría estremecimientos al observar la escoriación en el cuello de un niño, le haría fusilar, ya hombre, con la sonrisa en los labios.

¿ Puede llamarse "delicadísimas" á esas almas, que vibran á un ligero roce, y se embotan casi á la impresión fuerte? La verdad es que de las que cuentan con el segundo elemento, se han formado todos los héroes, en todos los países y en todas las edades.

Diaz llegó á Méjico, caudillo afortunado, con la reputación de hombre recto, administrador probo, republicano austero. Su casa de la calle de la Moneda era humilde, veíasele á pie por calles y paseos, sus relaciones eran poco numerosas y escogidas entre quienes le ayudaron al triunfo; pero todo esto no fué por largo tiempo. Era natural que no se podía tener gratitud excesiva, y á la vez una personalidad bien definida y destacante. La gratitud sujeta, encadena y debilita al hombre político, el cual debe pertenecer exclusivamente á sus ideales.—¿ Cómo pudo, el General Diaz, ir poco á poco dejando atrás,—á Don Justo Benites el primero—á cuantos le sirvieron para allanar el camino de su ambición suprema, y cómo, poco á

poco, les fué sustituyendo con elementos nuevos y otros espiados en el antiguo campo enemigo? ¿ Cómo, paso á paso, se fué desviando de la soldadesca y la curia plebeyas, para ir escalando, grada á grada, los salones del gran mundo, sin que se le tildara de advenedizo? ¿ Cómo, obrando así, pudo coger, atar y sujetar los elementos sociales más irreconciliables, en apariencia, y dominar luégo sobre pecheros y nobles? Obra fué esa de paciencia, sagacidad, energía y conocimiento profundo del corazón humano, que le será siempre encomiada al triunfador de los leguleyos fosilizados de Lerdo de Tejada.—Diaz afianzó su Gobierno en las recámaras de la aristocracia de Méjico, é hizo bien: allí estaban los eternos elementos disolventes, á fuerza de ser conservadores; allí, y solamente allí, podía transigirse con lo pasado, á fin de asegurar lo por venir sobre una base de estabilidad duradera.—¡Alboreaba la "Política de Conciliación," que tantas alabanzas como acres censuras le ha valido al actual Presidente de Méjico!

Entretanto, habíase verificado un suceso que no deberemos pasar por alto, á fin de que la fisonomía moral de ese hombre que llora, se delinee mejor en toda su ruda grandeza.

Es un cuadro de sangre. Fué teatro del suceso, Veracruz: ¡ la Ciudad sagrada, refugio de constituyentes,—soñaderes agigantados por la nobleza del ideal, que predicaron, lucharon y muchos de ellos sucumbieron, por consagrar en nuestra Constitución política, los Derechos del Hombre!

Y allí iba á atropellarse todo, en nombre de un *terror salubre* para lo futuro. La fecha fué: 25 DE JUNIO DE 1879.

Pero ya desde días antes, el Presidente interino había estado recibiendo alarmantes noticias del General Mier y Terán, referentes á una conspiración. Decíase que en ella andaban más ó menos mezcladas, personas prominentes del Puerto: militares, letrados y comerciantes.—El telégrafo no cesaba de funcionar. Un nombre tras otro, iban cayendo en el oído del Supremo Magistrado y se iban grabando en su cerebro, como los de los aristócratas en el carnet de Robespierre: sobre ellos se cernía la muerte. Y la lista fué creciendo, creciendo, á medida que el fatal hilo continuaba

funcionando. El pundonoroso Ituarte, Rubalcava, Cueto, Albert, y otros muchos, ya estaban allí: en la lista de los proscritos.

Los telegramas no cesaban; pero eran consoladores para el nuevo Presidente. La conspiración estaba descubierta hasta en sus menores detalles: aprehender á los culpables, sólo era asunto de horas y de ocasión oportuna.

Dada la orden de aprehensión desde Méjico, la ejecución de la misma no se hizo esperar. El telégrafo funcionó nuevamente, anunciando que todos los conspiradores, unos tras otros, habían sido apresados: en las calles, en sus casas, donde pudo echárseles guante, y esperaban en el cuartel la resolución del Juez Supremo de la República.

La Historia ha recogido ya en sus páginas de bronce, una frase sencilla, pero terrible, que suena algo así como el "VIXERUNT" de Cicerón, al dar cuenta al Senado de la muerte de Catilina y demás conspiradores.

La frase del Sr. General Diaz, que Vega Limón, recogió de sus labios, pálido y trémulo, fué esta: MATALOS EN CALIENTE.

No se trataba de fusilar convictos criminales, ni prisioneros de guerra condenados por una Corte Marcial, ni salteadores ó plagiarios, ni siquiera delincuentes *de hecho*; se trataba de "matar en caliente" presuntos, *futuros* delincuentes; prisioneros políticos, á los que no se formaría causa: ciudadanos, en quienes se quebrantarían los más rudimentales preceptos de justicia y humanidad, y para los cuales, del libro de oro de la civilización moderna, se borraría en Méjico, con mano sacrílega, la más hermosa y brillante de sus páginas, la que consagra los Derechos del Hombre, que son fundamento de toda organización política moralizada.

Era en la niñez cuando leímos aquellas descripciones espeluznantes, que la pluma juvenil de Diaz Mirón impregnaba de emoción profunda.—Allí, en el patio de un cuartel, hacinados los prisioneros políticos, sobre los que ya pesaba la sentencia de muerte.—Era imposible dar crédito á tan bárbara sentencia; y, sin embargo, se les exortaba formalmente para prepararse á morir. ¡Tantas juventudes, tal exceso de vida, no podían desaparecer en un solo instante.

Era cruel cegar tantas esperanzas, tantos sueños de dicha, y llenar de luto, de consternación, de protesta formidable, tantos hogares tranquilos y felices hasta la víspera! . . . Con todo, era verdad, verdad terrible.

El General Mier y Terán precipitaría la saturnal sangrienta.

Vana sería la protesta, la frase candente é inspirada, las seducciones de la piedad y el perdón; vana la amenaza, vana la súplica, vano el terror, la agonía espantosa, la corporización del crimen que se palpaba.—Las señales masónicas fueron desatendidas; y á la voz "FUEGO," lanzada por no sabemos que boca, se manchó el suelo de sangre, y en ella se revolcaban las primeras víctimas.

La confusión fué horrible. Estos demandaban gracia de rodillas, huían aquellos de sus encarnizados verdugos, y al pretender escalar las bardas, con manos ensangrentadas, recibían la descarga á quema ropa que los tendía exánimes. Aprontaban unos los pechos generosos, peroraban otros demandando una tregua: todas las desesperaciones y agonías se expresaban de cien distintas maneras: en la palabra, en el gesto, en la actitud. Pero la obra de muerte continuaba. . .

Y Mier y Terán temblaba; pero la orden era terminante: MATALOS EN CALIENTE.

Cuando la ciudad se despertó se oyó un clamor tremendo, una protesta formidable.

El verdugo era insultado, retado, conminado por mil corazones generosos: la sociedad rechazaba con horror, la fiera que se había albergado en su seno para desgarrarlo. . .

Con todo, la frase siniestra "*matalos en caliente*," badejeando en el cerebro del General, atenuaba, sin duda, el remordimiento. . . .

Mier y Terán murió loco; y el autor de la terrible frase, el que ordenó los fusilamientos, sin formación de causa, de 25 de Junio de 1879, ¡hoy es aclamado por el mundo como un Autócrata modelo; y, siendo omnipotente como Augusto, y así como éste escogió el modesto título de "Imperator," para mejor complacer á sus súbditos, el Sr. General Diaz conserva aún el modesto título de Presidente, y así quiere que en todas ocasiones le llamen sus vasallos.

Esa escena de sangre, que á débiles rasgos hemos pretendido describir, queda comprendida en lo que, más tarde, llamaría el Señor Francisco Bulnes, el "mínimum de terror," que, á lo que parece, ha entrado como dato fundamental en el vasto plan regenerador del actual Presidente de la República Mejicana.



CAPITULO I.

Estado de la República antes de la Revolución de Tuxtepec.— Constitución de 1824.— Federalismo y Centralismo.— Las Colonias Anglo-Sajonas y la Nueva España.— Error Trascendental.— Postrimerías de Juarez.

Nacen las naciones á la vida autónoma, sobre todo cuando la libertad é independencia hánse obtenido á costa de sangrientas luchas, como si al despuntar de una aurora iridescente, abandonasen los alcázares regios donde atruenan los gritos de la orgía, y el licor hierva abundante y se desparrama en anchas copas. El festín de la sangre tiene sus embriagueces terribles; y también embriagan el éxito, la esperanza y la incertidumbre de lo por venir.

Todas las naciones nuevas, traen en su hucha de ilusiones lloradas largo tiempo, la vaguedad hierática de los divinos ensueños de Segismundo, y como él, encuentran bien pronto que la torpe, la tarda materia, lo que en el hombre hay que nos esclaviza, pero que nos da existencia real, ni pretende, ni jamás puede seguir en sus correrías locas y desatentadas al espíritu.

Apenas exurgidas en la gran familia de las naciones que por sí se gobiernan,—y desaladas se afanan por encumbrarse hasta la altura de las más antiguas y civilizadas, parodiando, si más no pueden, los usos, las costumbres, la literatura, los factores de progreso industrial, y aún las leyes caducas, á que aquellas potencias se ajustaron mal que bien, tras serias, prolongadas luchas y evoluciones.